

Rusofobia y occidentalismo: un análisis constructivista de la guerra en Ucrania

MARCELO MONTES³⁰⁵

El pasado 24 de febrero, Rusia lanzó una “operación militar especial” en Ucrania, en respuesta a lo que juzgara como una amenaza de Ucrania, apoyada por la OTAN, contra su propia seguridad territorial. Lo que parecía ser una invasión convencional sobre suelo considerado enemigo, terminó siendo al cabo de pocas semanas, la continuidad de la “guerra híbrida” en el sudeste ucraniano que se venía dando entre ucranianos (occidentalistas y europeístas versus rusófonos del este) desde 2014, tras el “Euromaidán”³⁰⁶.

Para muchos analistas, no era más que la ratificación del carácter imperialista de siglos, del cual está impregnado el ADN ruso -“autoritario de corazón y expansionista por hábito”- (Tsygankov, 2012).

Para otros, fue una acción motivada por el mal cálculo del Presidente Putin y la elite del Kremlin, quienes exageraron aquella amenaza y cuando se lanzaron a esta suerte de aventura militar, tuvieron que reconcentrarse al poco tiempo, en un objetivo minimalista, como retener para sí, el sudeste. Sin embargo, este “paper” no coincide con este par de visiones e intenta mostrar y explicar otra hipótesis, tal vez, más “culturalista”.

En efecto, se considera que la acción militar, no es más que la respuesta rusa -y su hartazgo- en función del autismo occidentalista, desde 2007 en adelante, cuando el propio Putin en el marco de la Conferencia de Seguridad de Munich, advirtiera a los líderes norteamericanos y europeos, que toda ampliación de la OTAN hacia el corazón eslavo, es decir, Georgia, Ucrania o Bielorrusia, sería interpretada como una amenaza intolerable para los intereses de seguridad de la Federación Rusa. Un año después se produciría, alentada por Estados Unidos, la torpe invasión de Georgia a las regiones prorrusas de Abkhazia y Osetia del Sur, lo cual sería de inmediato respondido militarmente por Rusia, desatando una guerra de menos de una semana, que sería sólo interrumpida con la mediación de Francia. El “Euromaidán”, una especie de golpe de Estado

³⁰⁵ Dr. en Relaciones Internacionales (UNR), Profesor Adjunto de Política Internacional (UNVM) y de postgrado en la UNR.

³⁰⁶ El 24 de febrero pasado, fue una sorpresa para la mayoría de los analistas, que Rusia invadiera militarmente Ucrania por el noreste y mucho más aún, cuando esa misma noche, bombardeara las principales ciudades del centro del país. Lo que nadie preveía: la ofensiva suponía una guerra convencional, de un ejército enfrentado al otro, en territorio abierto, aún incluyendo ciudades. Sin embargo, a más de un semestre de aquel inicio, más allá de las numerosas hipótesis estratégico-bélicas que puedan hacerse, esa conflicto derivó en uno “proxy” o híbrido, donde se combina la intimidación militar con otros medios como la explotación de vulnerabilidades económicas y políticas y medios diplomáticos o tecnológicos, lo cual supone una prolongación *sine die* de la guerra.

urrido también desde Washington, sobre Kiev, según el Kremlin, en febrero de 2014, no fue más que la ratificación de los planes occidentalistas, desoyendo las advertencias de Moscú³⁰⁷.

Lo interesante es que tales acciones del gobierno ruso, tienen una enorme representatividad simbólica en la propia opinión pública nacional. Hay, desde aproximadamente 2011, lo que podría ser considerado como “el efecto Bolotnaya”, en honor a las protestas juveniles opositoras en Moscú contra el putinismo, un enorme consenso societal de apoyo a las sucesivas acciones rusas, de anexión (o “recuperación”) de la Península de Crimea (2014), la intervención militar en Siria (2015) y la “operación especial” en Ucrania (2022). En función de dicho consenso, Putin ha tenido las manos libres para actuar como lo hizo, incluso midiendo los costos eventuales que pagaría Rusia, en función de las sanciones a las que la sometería “Occidente” (Montes, 2014).

Este trabajo intentará describir, con el aporte de la teoría constructivista de Relaciones Internacionales, cómo se forjan esas visiones societales rusas, a la manera de identidades, legitimando sus acciones militares fuera de su territorio, en aras de recuperar, no alguna veleidat imperial, sino, simple y sencillamente, una voz de cierto respeto en el concierto internacional, no obstante el bloqueo y encierro al que se ve sometida Rusia, por parte de la Unión Europea y Estados Unidos.

El aporte teórico del constructivismo

Según el realismo estructural, el comportamiento de los Estados no depende de la calidad de su régimen político, ni los rasgos de sus liderazgos internos ni sus sistemas de creencias. En tal sentido, es decisiva la posición en la estructura internacional del poder. Se trata pues, de una explicación de “afuera hacia adentro”, en donde las características del sistema internacional configuran las estrategias de política exterior.

El tema de la identidad no juega un rol importante para el realismo. Como éste se ocupa de atributos internacionales y materiales y, la identidad es un asunto doméstico y social, la identidad estatal no configura la política exterior de los Estados. La estructura social internacional depende de la material y la identidad internacional deriva desde afuera de los Estados, dependiendo de la anarquía y el dilema de la seguridad, convirtiendo a los Estados en egoístas y pesimistas. Así, para autores como Katzenstein, los intereses nacionales no pueden ser definidos, sino defendidos (Merke, 2008 :18)

El gran problema del realismo es su debilidad para explicar cómo funciona la agencia estatal. Una mirada teórica que se centra en un actor unitario y racional que define su interés nacional de manera objetiva y compartida por toda la comunidad, es limitada para explicar, entre otras cuestiones, los cambios en el escenario internacional.

³⁰⁷ Toda guerra es un proceso y ésta no lo es menos: no puede entenderse sin la necesaria conexión con el conflicto civil iniciado en abril de 2014, post Euromaidán: fue el ejército ucraniano, el que pretendió sofocar a sangre y fuego, aunque infructuosamente, al cabo de 8 años, la rebelión de las regiones del sudeste rusoparlante y dependiente industrial y comercial de Rusia. Esa guerra arrojó 14.000 muertos y millones de desplazados internos y externos (a Rusia y Alemania), pero fue ignorada por los medios occidentales. Allí vamos entonces a la segunda dimensión de esta guerra, no sólo analizable militarmente: la mediática.

Al idealismo le ocurre algo similar al realismo. Si bien su visión es mucho menos materialista y sí más axiológica, todo su andamiaje metodológico (individualista) se asienta sobre pilares racionalistas, como el realismo.

Son los enfoques reflectivistas o postpositivistas los que nos ayudan a comprender la gravitación de las identidades en los asuntos internacionales. Incluso apoyándose en algunos enfoques que ofrecían ciertas variantes del realismo, que buscaban abrir “la caja negra” del Estado, preocupadas por variables internas como la toma de decisiones, los ejecutores de las mismas y hasta las percepciones mutuas existentes entre las diferentes unidades estatales.

Dentro de los enfoques reflectivistas, los constructivistas pueden coincidir con algunas de dichas variantes del realismo, pero niegan las restricciones sistémicas objetivas entre lo externo y lo interno. Para ellos, la realidad internacional es construida socialmente y “la anarquía es lo que los Estados hacen de ella”. Para los pensadores constructivistas, hasta la anarquía y las políticas de poder son socialmente construidas mientras que las ideas compartidas están definidas en clave “social” antes que “material”, optándose por una mirada sistémica u holística, más que individualista.

En ese contexto, para el constructivismo que es una teoría formal, más que nada un estilo de razonamiento, las identidades son predisposiciones de cognición y acción que son anteriores a los problemas que se encarar en materia de política exterior (Merke, 2008 :35-36).

Para el constructivismo, el vínculo entre política exterior de un Estado e identidad del mismo, es constitutivo. La primera está condicionada por representaciones de aquellos asuntos (países, amenazas, crisis, etc.) que busca encarar. Toda política exterior requiere darle un sentido a la situación y construir sus objetos más relevantes. Para ello, se acude a un verdadero repertorio de atributos de identidad que sirven para facilitar ciertas acciones o cursos de acción y restringir o evitar otras. En tal aspecto, hay un contenido y una estabilidad discursivas innegables en la ligazón entre identidad y política. Un “hacemos aquello porque somos esto” asoma siempre pero en términos de retroalimentación: el discurso identitario es precondition de la acción pero al mismo tiempo, es reproducido por ella misma.

Por consiguiente, corresponde indagar acerca de los patrones estructurales de discursos nacionales sobre el Estado y la nación. Esos “relatos” ayudan a pensar la articulación de la política exterior del Estado del que se trate con una visión de su propia identidad. Hablar de identidades significa hablar de relaciones -no necesariamente antagónicas- entre un Yo y un Otro. Así los Otros no siempre son amenazantes y el Nosotros también tiene sus Otros internos, por lo cual merecen especial atención. Derivado de ello, cabe estudiar cómo se estructura una política exterior en términos de un “interés nacional” que represente la identidad, las ideas y los valores de una comunidad en su inserción internacional (Merke, 2008 :43-44).

El propósito de este “paper” es describir cómo se enfrentan las identidades rusa y ucraniana, en el contexto de la guerra civil que se originó en el sudeste ucraniano desde 2014 y que derivara en la “operación militar especial” decidida por el Kremlin desde el 24 de febrero pasado. Dichas tensiones, en principio, explican por qué se ha arribado a la instancia de la beligerancia al umbral al que se llegó.

Identidades en pugna

Rusia:

Ha visto desfilar en las últimas décadas, desde que se reanudó el largo y profundo debate identitario que se produjo en el siglo XIX entre eslavófilos y occidentalistas y se interrumpiera en las siete décadas de experiencia bolchevique-soviética, tres grandes corrientes de creencias: la ya mencionada occidentalista (o atlanticista o liberal), la eurasianista -en las antípodas de la anterior- y la nacionalista moderada o putinista, de enorme hegemonía a lo largo del tiempo reciente (Montes, 2010).

La primera expresa que Rusia forma parte de Europa y debe necesariamente adscribir a sus valores, alineándose de manera automática a las organizaciones multilaterales, aceptando acriticamente la globalización e incluso rechazando y hasta negando su identidad eurasianista, que es su Otro. En la historia rusa, por diferentes motivos y momentos, han sido occidentalistas, Zares modernizadores como Pedro El Grande, Catalina La Grande, Alejandro I y Alejandro II, pero también Lenin, Khrushchev, Yeltsin, el ex Canciller Kozyrev y el recientemente difunto Gorbachov, entre otros.

Hoy, el equipo de economistas liberales de la era Putin, como la propia Presidenta del Banco Central ruso, Elvira Nabiullina y algunos oligarcas, se han mostrado como decididamente liberales y proclives a defender ese rostro globalista y occidentalista de Rusia.

La necesidad de equipararse, tratando de superarlas, a las economías más rezagadas de Europa, envidiando su calidad de vida así como requerir bienes de capital que mejoren la productividad de la economía rusa, son factores clave para entender por qué este grupo identitario, de fuerte gravitación entre 1991 y 1995, se mantiene vigente, aunque le cuesta explicar por qué una Rusia no puede ser, por historia y tamaño, tan liberal como Estonia, Suiza o Singapur³⁰⁸.

La juventud rusa, sobre todo, en las grandes ciudades (Moscú y San Petersburgo) expresa valores globalistas y liberales, siendo protagonista de las protestas de Plaza Bolotnaya en 2011-2012, en contra de la corrupción sistémica y el carácter autocrático de la era putinista pre-Crimea. Muchos de esos jóvenes de clase media urbana, se han ido del país o rechazan integrarse al servicio militar obligatorio y desde ya, no están de acuerdo -aunque pasivamente- a la guerra en Ucrania. Como consecuencia de todo ello, son los más proclives a rechazar la movilización militar parcial dispuesta hace semanas por el Kremlin, cuando no, intentan huir del país para evitarla.

Esa corriente occidentalista rechaza las decisiones de Rusia tras el “Euromaidán”, no apoya la guerra en el sudeste ni la “operación militar especial” del 24 de febrero, lamenta las sanciones occidentales contra Rusia y culpa a Putin por ellas y hasta se solidariza con Ucrania, a la que

³⁰⁸ Resulta claro hoy, con la perspectiva que brinda la lejanía en el tiempo, por qué el “momento liberal” en la Rusia de los años noventa, no duró más que apenas unos años, siendo sustituido por una era nacionalista, de la mano de Putin. Ya el profesor Iver Neumann, un estudioso de las relaciones europeorrasas, a lo largo de los siglos, había anticipado que esto ocurriría, en una nación habituada a liderar y donde los cambios se producen de la mano de guerras y variaciones en los liderazgos (Neumann, 2016).

legítima en su decisión de pretender entrar a la OTAN y la Unión Europea. Todo ello la margina de la mayoría de la población rusa, que comparte valores eurasiáticos y nacionalistas.

La segunda tradición, la eurasiática, es de larga data en Rusia. Concibe a ésta como una civilización especial, con una singularidad específica, dada por la religión cristiana ortodoxa y el alfabeto cirílico, pero además rechaza cualquier pretensión de occidentalizar o europeizar Rusia. Esta intención occidentalista debe ser repudiada porque no se busca más que apartar a Rusia de su lugar o “Destino Manifiesto” en el mundo, dado por su rol espiritualista y de vanguardia moral a nivel global, sobre todo, hoy, por la decadencia en ese plano, de “Occidente”. Existe un discurso histórico que avala ello: Moscú fue y es “la Tercera Roma”.

Tanto Stalin como el líder comunista Ziugánov y el nacionalista recientemente fallecido Zhirinovskiy, pero sobre todo, el Profesor universitario Aleksandr Dugin, reivindican este pensamiento que requiere para actuar exitosamente, incluir a Rusia en una alianza de civilizaciones, contrarias a “Occidente”, por ejemplo con chinos, musulmanes y latinoamericanos.

En tal sentido, Ucrania es visualizada como una “oveja descarriada del rebaño eslavo”, o, en términos militares, un “proxy” o ariete de Washington destinado a desequilibrar a Rusia, donde la responsabilidad de ello recae en Zelensky y algunos oligarcas juzgados como “traidores”, como en su momento, lo fue Gorbachov, cuando sepultó la vieja URSS. El pueblo ucraniano debe ser excluido de esta grave equivocación -o trampa tendida por la pérfida “Occidente” en contra de Rusia- y por lo tanto, la “operación militar especial” es reivindicada para intentar redimir y hasta liberar a aquel pueblo de “las hordas nazis” que lo gobiernan desde 2014, cuando arribaron al poder en Kiev vía golpe de Estado. La guerra de Ucrania no es una guerra ruso-ucraniana sino una guerra contra la OTAN³⁰⁹.

Los eurasiáticos no lamentan las sanciones occidentales contra Rusia: muy por el contrario, afirman que las mismas les dan por fin, la razón, en el sentido de que “Occidente” busca ser omnipotente e impune, deseando por sobre todo, destruir a Rusia y todo lo ruso, considerando la política de cancelación de la cultura rusa, puesta en marcha desde fines de febrero en casi toda Europa en represalia por las acciones militares de Moscú³¹⁰.

³⁰⁹ La guerra era evitable porque los esfuerzos diplomáticos no fueron suficientes, en comparación con los fogoneos de un lado y del otro, instando a la OTAN a intervenir en suelo ajeno y a Rusia, minándole su paciencia de décadas, respecto a una ampliación de aquélla, que estuvo lejos de ser consensuada. Aunque la OTAN ha dicho que las acciones militares rusas amenazan la seguridad internacional, la realidad es que la alianza atlántica occidental supera en número de bases militares a Rusia. Mientras que la OTAN tiene actualmente 38 bases militares en Europa, tres en Turquía y una en Estados Unidos, Moscú mantiene desplegadas sólo ocho en Siria, Abjasia, Armenia, Bielorrusia, Kazajistán, Moldavia, Tayikistán y Osetia del Sur.

³¹⁰ No puede obviarse el capítulo de la economía derivada de la guerra. Al tratarse de dos productores mundiales de alimentos -y en el caso ruso, de energía- nada bueno puede esperar el resto del mundo, de continuar la conflagración en el tiempo. A la subida de precios internacionales, el peso de las sanciones que modificará por varios meses -y años- la relación ruso-europea, perjudicándolos a los dos, se puede agregar las dificultades logísticas y de abastecimiento, ya complicadas a partir de la salida de la pandemia. Todo ello podría derivar en desabastecimientos básicos, crisis alimentarias y según las regiones, tensiones sociales, ya percibidas en otros momentos similares de la historia.

Parte de los eurasianistas, en su mayoría militares rusos, ven la guerra en el sudeste ucraniano como un conflicto entre nazis y comunistas, como si fuera una “remake” en miniatura, de la Gran Guerra Patriótica. Es apenas el inicio de una III Guerra Mundial en cuotas e instan al Kremlin a aceptar el desafío y enfrentar por fin a la OTAN, si es necesario hasta amenazando con el poderío nuclear que ostenta Rusia.

Esta corriente eurasianista vive su momento de esplendor en la Rusia postsoviética. Añora los viejos tiempos de gloria de la vieja URSS, el triunfo sobre Hitler y no le teme a la soledad, la orfandad y el aislamiento ruso, producto de las sanciones. Aboga por una relación más estrecha con las otras civilizaciones para enterrar definitivamente al decadente “Occidente”.

Por fin, la tercera tradición, la nacionalista moderada o putinista, combina lo mejor de las dos anteriores. Por un lado, los servicios de inteligencia rusa, allegados a Putin, que era un camarada de ellos, aceptan de los liberales, la necesidad de no romper lazos definitivos con Europa por intereses pero se sienten cerca de los eurasianistas en su mirada de la singularidad de la cultura rusa.

Esa mixtura está presente en la guerra de Ucrania. Rusia atacó cuando creyó que la OTAN no intervendría, pero luego se concentró básicamente en ocupar el sudeste y algunas ciudades del sur, obstaculizando la integridad territorial ucraniana, sometiendo a Kiev a una “guerra híbrida” de desgaste convirtiéndolo en un Estado semifallido, para inhibirlo de que pueda girar a Europa, abandonando el redil ruso.

En las últimas semanas de setiembre, Putin siguiendo esta línea más “moderada” que la eurasianista, tras la contraofensiva ucraniana en Izyum, convocó una movilización parcial -evitando la total que traería mayor descontento- y volvió a amenazar por enésima vez con el uso del armamento nuclear pero, lo más importante, corrió la línea de posicionamiento hacia la concreción de referéndums en Donetsk, Lugansk, Zaporizhia y Khersón, que ratificaron la finalidad de volver a formar parte de Rusia. De esta manera, la Federación tendría la opción de defender tales territorios como propios, respondiendo con todos los instrumentos posibles, a la agresión ucraniana.

En la lógica nacionalista, hoy demasiado -aunque no lo suficientemente- inclinada a la eurasianista y alejada de la liberal, no queda otra alternativa que reaccionar, mostrando firmeza, al bloqueo occidentalista, aunque Putin no deja de tender algún puente con Berlín, para hacerles entender a los europeos que si continúan en esa tesitura seguidista de Washington, Rusia se alejará indefectiblemente de “Occidente” aliándose más aún a Beijing.

Ucrania:

Al mismo tiempo, ésta asoma más agrietada que Rusia y por ello vive una guerra civil desde hace 8 años. Su destino es diametralmente diferente al ruso. Mientras Rusia siempre ha sido un Imperio y recién en las tres últimas décadas, intenta ser un Estado multinacional “normal”, Ucrania ha sido casi siempre, parte de Imperios, con muy poca vida independiente, pero lo más grave, ha estado muy dividida a lo largo de siglos y hoy no es la excepción. La asimetría es

evidente y dificulta toda alternativa que no sea la cooperación pero desde una posición de jerarquía dominante, incluso de veto, por parte de Rusia.

Mientras la Ucrania del oeste parece inclinarse a un eje identitario liberal-atlanticista, o sea, polaco-lituano, el resto de Ucrania, o sea el centro, con minorías lingüísticas y étnicas subrepresentadas y el sudeste, son muy diferentes: por ejemplo, el último mantiene un vínculo cultural y económico -enorme- con Rusia. Mientras el primero se asemeja al liberal ruso, coincidiendo en valores aunque ya no en tamaño o volumen político, el segundo está totalmente apegado a la tradición eurasianista rusa y por ello, recibe con banderas de las repúblicas separatistas de Donetsk y Lugansk al ejército “liberador” ruso (Nova Ciencia, 2022).

Lo paradójico y este dato no es menor, que aquellos valores liberales se encarnen en una defensa militar a través de batallones neonazis como el Batallón Azov. Esto suena realmente contradictorio y por lo tanto, no se entiende cómo Washington y Bruselas apoyen con armas y dinero, semejante despropósito.

No obstante la artificialidad histórica de Ucrania como Estado y todas sus enormes contradicciones identitarias, sin dudas, es la gran ganadora mediática del conflicto. A fuerza del gran aprovechamiento de las redes sociales y la ayuda tecnológica comunicacional que ha recibido de fuentes occidentales, ha sabido construir su imagen de “víctima agredida” que necesita permanente ayuda para defenderse y derrotar al “neoimperialismo” ruso³¹¹.

La rusofobia

Desde hace mucho tiempo, en “Occidente” se ha construido una imagen de Rusia, como una civilización rival de la cristiana, tanto protestante como católica, ejemplificadas en las actitudes de Gran Bretaña y Polonia, respectivamente, así como se ha cuestionada a aquélla, por su natural propensión a la autocracia y el imperialismo.

El profesor Andrei Tsygankov ha dedicado buena parte de su tiempo académico a rastrear las creencias arraigadas de numerosos intelectuales y miembros del poder político y empresarial norteamericano en torno a sus temores y resentimientos con la “Madre Rusia”, en parte, forjadas y formadas tras descendencias familiares procedentes de los pogromos de judíos, polacos y ucranianos de las épocas de los Zares y del estalinismo soviético (Tsygankov, 2009).

En Europa, esa necesidad de distinguirse de Rusia, aceptando que es parte del Viejo Continente pero es al mismo tiempo, ajena por valores y grado de civilización, es más antigua: podemos remontarnos a las memorias del francés Marqués de Custine en sus viajes a la Corte rusa del

³¹¹ Así como la Guerra del Golfo Pérsico en agosto de 1990, supuso la primera en la era de las nuevas tecnologías de la información y las grandes cadenas globales como CNN, éste es el primer conflicto que se vive en la era de las redes sociales, el Whatsapp, el Viber y el Tik Tok, entre otras. Esto supone una nueva forma de difundirla, mucho más inclinada a reforzar la propaganda de un bando y del otro, sin distinción. Lo que resulta claro, que así como en el terreno militar, Rusia mantiene la iniciativa y no puede perder -políticamente- la guerra, aunque son inciertas las formas en que operará esa victoria, los alcances y los costos de la misma, en el campo mediático, la gran ganadora moral es Ucrania, por distancias siderales. Haber sido “agredida” por un rival histórico superior, le permite victimizarse y granjearse el apoyo de todo “Occidente”, empeñado en una campaña fuertemente rusofóbica y antiputinista.

siglo XIX. El noble galo solía despreciar en sus escritos al pueblo ruso, juzgándolo como “analfabeto”, “violento” y hasta “salvaje”, achacando a la Iglesia Ortodoxa, buena parte de esas falencias. Lo peor es que todavía hoy muchos medios europeos de comunicación reproducen la anacrónica y prejuiciosa mirada de Adolf de Custine sobre los rusos (Bonet, 2019).

Ni los americanos ni los europeos cambiaron mayormente estas percepciones y estereotipos acerca de la cultura rusa, a lo largo del tiempo. Fueron contadas las ocasiones en que dicha imagen preconstruida de lo ruso, cambió positivamente. Apenas el aporte ruso durante las guerras napoleónicas en el siglo XIX y contra el nazismo o la admiración que despertó el cosmonauta Gagarin en el siglo XX, fueron pequeños hitos en una relación que tuvo muchas más sombras que luces. Del lado ruso, una y otra vez, “Occidente” se mostró injusta, ingrata, miope y hasta caprichosamente selectiva por ejemplo, vis a vis, con las monarquías árabes, en su estigmatización de lo ruso.

La política de cancelación cultural inaugurada a partir del 24F no hace más que reforzar esos temores rusos. El eurasianismo “duro” interpreta que una vez más, “Occidente” quiere la capitulación y hasta destrucción del único poder moral y militar de cierto fuste que se levanta ante aquél. Es el corolario de una larga lucha intercultural, donde la OTAN y Ucrania son sólo los instrumentos -o “proxies”- pergeñados para derrotar por fin, a la “Madre Rusia”.

Conclusiones

He intentado explicar desde un marco teórico constructivista, la gran brecha o conflicto que existe entre las tradiciones identitarias rusas y ucranianas, incluyendo la rusofobia que se ha fomentado en “Occidente”. Desde 2014, año del “Euromaidán”, esa brecha no hizo más que agudizarse y todo ello detonó en la reacción, tal vez, exagerada, plantearán algunos, pero que se venía incubando de manera persistente.

Ignoramos cómo prosiguen los choques de identidades y qué desenlace tendrán. No sabemos si la guerra ucraniana terminará abruptamente, continuará por un largo tiempo más o, si incluso, será un eslabón más de un enfrentamiento de mayor alcance, nuclear tal vez, aunque dicho último escenario es más improbable por todo lo que existe en juego.

Sólo la OTAN o Estados Unidos, incluyendo las elecciones legislativas de noviembre convirtiendo en perdedor a Biden, podrían dejar de sustentar militar y económicamente a Kiev y ello inclinaría definitivamente la balanza a favor de Moscú y las repúblicas separatistas recientemente anexionadas a Rusia. Ese resultado significaría un enorme triunfo político para la Federación, obligaría a renegociar a “Occidente”, forzado sobre todo en vísperas de un invierno durísimo con poco gas para Europa y quizás, el inicio anticipado de un nuevo orden internacional.

Es decir, un mundo a pedir del Profesor Dugin, cuya hija, entonces, tal vez, no haya muerto en vano. Un mundo que como suele afirmar el Profesor Alberto Hutschenreuter, se asemeja cada vez más a “una ciudad que pretende funcionar sin semáforos”.

Fuentes de Consulta:

BONET, Pilar, Una mirada de 1839 para entender la Rusia de hoy, en el Diario El País, Madrid, España, 15 de marzo de 2019.

MONTES, Marcelo, La identidad nacional rusa desde la Teoría de las Relaciones Internacionales, ponencia presentada en el V Congreso de Relaciones Internacionales, IRI, UNLP, noviembre de 2010. Disponible en:

https://www.iri.edu.ar/publicaciones_iri/IRI%20COMPLETO%20-%20Publicaciones-V05/Publicaciones/cd%20V%20congreso/ponencias/0%20Montes_La%20identidad%20nacional%20rusa.pdf

MONTES, Marcelo, La crisis ucraniana y el papel de Rusia, Unión Europea y Estados Unidos, Serie de Artículos y Testimonios, Número 94, CARI, agosto de 2014. Disponible en: <https://www.cari.org.ar/pdf/at94.pdf>

NEUMANN, Iver, Russia and the Idea of Europe, A Study in Identity and International Relations, Routledge, 2016.

NOVA CIENCIA, Claves para comprender el conflicto de Ucrania, entrevista a Silvia Marcú, 4 de marzo de 2022. Disponible en:

<https://novaciencia.es/claves-para-comprender-el-conflicto-de-ucrania/>

MERKE, Federico, Identidad y política exterior en la Argentina y Brasil, Programa de Doctorado en Ciencias Sociales de FLACSO. marzo de 2008.

TSYGANKOV, Andrei, Assessing Cultural and Regime-Based Explanations of Russia's Foreign Policy. 'Authoritarian at Heart and Expansionist by Habit'?, in Europe-Asia Studies, June 2012.

TSYGANKOV, Andrei, Russophobia: Anti-Russian Lobby and American Foreign Policy, Palgrave Macmillan, 2009.